

Pero lo más característico de este Nuevo Pueblo de Dios es su trascendencia a la eternidad.

Lo hemos contemplado único y sin confusión posible con ningún otro pueblo: "...El revela a Jacob su palabra, sus preceptos y sus juicios a Israel: no hizo tal con ninguna nación, ni una sola sus juicios conoció."

Ese pueblo único que arranca de Abraham y su progenie "según la carne" y se prolonga hasta nuestros días por los descendientes de Abraham "según la fe", a través de las generaciones y de los siglos va entretejiendo su historia con la historia de todos los pueblos de la tierra, en una aparente igualdad de desarrollo y de destino, pero no es así: es un pueblo eminentemente "escatológico" (del griego eskhatos = lo último; logos = ciencia o tratado), es decir, es un pueblo que tiene referencia, relación con las cosas que habrán de sobrevenir al final de los tiempos.

En un sentido más amplio, quiere decir que este pueblo no se limita a una vivencia actual, del momento, como quien vive sólo para hoy, para las cosas temporales. No, este pueblo desde siempre intuyó en su devenir un futuro misterioso, pero cierto.

De este modo, en el Antiguo Testamento, Israel es un pueblo escatológico porque, aunque su idea de eternidad y destino en la vida eterna es al principio nulo por cuanto la Promesa se le presenta en cosas propiamente temporales. Más tarde con los profetas poco a poco va descubriendo destinos superiores; ciertamente conservó siempre una idea escatológica, aunque a corto plazo, es decir, su escatología no trascendía los tiempos mesiánicos. Israel vive la idea de la venida de un Mesías, pero con realizaciones temporales. Podríamos decir que es una mezcla de lo temporal con lo propiamente escatológico.

Se sienten los judíos protagonistas en un mesianismo, esperan que nazca un Mesías de entre ellos, pero mesianismo y Mesías les son confusos en cuanto qué, para qué, y cómo ha de ser.

De aquí que sean muchos de ellos los que a la vista de Jesús sufran una decepción: ni era ese el tipo de Mesías que esperaban ni checaba con sus ideales la doctrina de paz, perdón, humildad, contradicción de sí mismo y austeridad que Jesús les ofrecía.

Aunque los discípulos más cercanos de Cristo pronto entrevén la diferencia, propiamente pasan ciegos los tres años de la vida pública del Maestro. No dejan de mantener la ilusión del reinado temporal y los primeros lugares en él, y aún hay quien le reproche al Señor por el arrojado de marchar a Jerusalén exponiéndose a una muerte segura.

Para todos, se puede decir, la muerte en el patíbulo de Cristo suena a derrota total y definitiva, y el desánimo llega a ni-

veles de desolación. Las primeras noticias de Resurrección son a
penas atendidas y más bien se toman como figuraciones de las mu- 10/2
jeres que se han adelantado al sepulcro. Pero la sorpresiva pre-
sencia del Señor en medio del Cenáculo cerrado por temor a los e-
nemigos del pequeño grupo, cambia definitivamente la mentalidad
de aquellos hombres rudos y hasta entonces groseramente realis-
tas. No cabe duda: Jesús ha resucitado, luego entonces el desti-
no de nuestro pueblo no termina con la muerte.

La narración de los de Emaús acerca de cómo el Señor les hizo
reparar las Escrituras para confrontar la trascendencia de lo su-
cedido es viva imagen de lo que todos ellos experimentaron: una
revisión total de los tres años pasados al lado del Maestro, sus
enseñanzas, sus predicciones, sus advertencias, y de todo ello a
sí mirado sacaron una convicción: el destino del Nuevo Pueblo de
Dios no se limitaba a las dimensiones pobres del tiempo, sino que
iba más allá, mucho más allá, traspasaba las barreras de la muer-
te para prolongarse sin término en la eternidad. ¡Inesperado y a-
rrebator destino! Ante tan gran convicción: ¿quién no se lanza
a la aventura de extender el Reino y dar la vida por él?

Los cuarenta breves días de la pos-resurrección del Señor fue-
ron en mucho por El dedicados a fincar más y más en aquéllos así
transformados la convicción de la importancia de su destino. De
esa manera, al llegar el momento supremo de la separación tempo-
ral y terrena, el último mandato de Cristo es de escatología su-
prema: a la pregunta aún influida por ideas atrasadas: "Señor,
¿es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel? El les con-
testó: "A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que
ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuer-
za del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis
testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los con-
finos de la tierra." Y dicho esto, fué levantado en presencia de
ellos, y una nube le ocultó a su vista. (Hech. 1,6-9).

En ese preciso momento se descorre para aquellos hombres ru-
dos el velo que no les dejaba ver la trascendencia de su misión,
en ese instante supremo aparece ante ellos toda la definitiva es-
catología del Nuevo Pueblo de Dios.

Dado que el sentido escatológico es doble en sus aspectos, co-
menzaremos a estudiarlo en ambos recordando la "Parusía del Se-
ñor Jesús". "Parousía" en griego significa presencia, venida, lle-
gada. Por esta palabra entendemos la promesa de Jesucristo de su
segundo advenimiento al final de los tiempos. A ella alude prin-
cipalmente San Juan en el Apocalipsis: Dice el que da testimonio
de todo esto: "Sí, pronto vendré" ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap.
22,20).

De este modo el sentido de escatología del Pueblo de Dios tie-
ne dos acepciones: por una parte significa el destino universal

de todos los miembros del Pueblo de Dios a una perdurabilidad en el cielo en la que darán gloria a Dios y ellos recibirán la felicidad que sólo en Dios mismo pueden encontrar como su último fin.

De otra parte, se entiende también por escatología todo aquello que ha de acontecer en los últimos tiempos como hechos precedentes a la llegada del Señor Jesús en su segunda y definitiva venida a la tierra.

Con respecto a lo primero, la escatología nos presenta además y también como antecedentes al goce de la eterna felicidad, los pasos que el hombre habrá de seguir: tras la muerte, el juicio personal, y según el resultado de éste, la introducción del réprobo al infierno, el paso por el purgatorio para quien tenga algún defecto que limpiar, y el cielo para aquél que libre de todo impedimento llegue al goce de su Señor.

En estos tiempos mucho se ha especulado acerca de cómo, dónde, cuando y de qué manera habrá de ser la estancia en el infierno y en el purgatorio. Hay quienes niegan esas posibilidades, los hay que tan sólo niegan el infierno material aduciendo que el ser espiritual del alma no admite sufrimientos materiales, lo cual se hace extensivo al purgatorio, llegando entonces a la convicción de que el purgatorio ni tiene lugar, ni tiene tiempo puesto que, desprendida el alma del cuerpo, su existencia ya no se encierra dentro de los límites del tiempo y del espacio. Las conjeturas parecen en esta materia hundir al hombre en perplejidades que al final de cuentas son cosas de mínima importancia en la vida práctica: en efecto, si de lo que se trata es del problema elemental, importantísimo y definitivo de nuestra salvación y eterna felicidad, palidece hasta la mínima importancia el cómo, el cuándo, el dónde. Sólo sabemos a ciencia cierta como verdad de fe y como cosa de destino final, que Dios es remunerador, que con entera justicia dará a cada quien lo que le corresponde con respecto a sus obras, y que tras esto su justísima decisión permanecerá en sus efectos para siempre jamás. Dejemos a los teólogos que elucubren el cómo, el dónde y el cuándo y atengámonos a lo cierto: la presencia de Dios es por sí sola nuestra eterna felicidad como que para esto fuimos creados; la ausencia de Dios es por sí sola el extremo de los males porque nos desliga para siempre de nuestro final destino. Ante esto, qué importancia puede tener todo lo de más que se trate.

La concepción de San Pablo sobre la salvación es de una amplitud maravillosa: comprende desde el designio eterno de lo que sabe Dios de antemano, hasta el don de la inmortalidad gloriosa y la resurrección de los cuerpos, a la segunda venida de Cristo.

El plan divino de la redención, misterio oculto en los primeros tiempos, revelado a los apóstoles, fué preparado y decidido por Dios desde la eternidad:

"Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos

10/4
ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en El antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad." (Ef.1,3-6)

"Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera El el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los llamó; y a los que llamó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó." (Rom.8,28-30)

Por manera de que nuestra glorificación habrá de ser de manera que nos asemejemos a Cristo al punto de convertirnos a los ojos del Padre en imágenes suyas, y entonces sí mereceremos llamarnos hermanos suyos.

Todo ello sería inalcanzable para nosotros si no fuera por la acción constante del Espíritu Santo dentro de nosotros, y aún de lante del Padre en favor de nosotros: "Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios." (Rom.8,26-27) Aquí abajo sólo poseemos la garantía del Espíritu Santo que nos da de continuo la esperanza de la redención total y la salvación.

El Apóstol se afana en infundir y sostener la esperanza en la escatología de nuestro destino: "El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo." (Rom.15,13)

San Pablo nos presenta ahora el contraste entre quienes viven esa esperanza y los que, en cambio, ponen su corazón y su inteligencia en las cosas perecederas: "...Porque muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas, como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo final es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y cuya gloria está en su vergüenza, que no piensan más que en las cosas de la tierra. Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a Sí todas las cosas." (Fl.3,18-21)

Ojalá pudiéramos imitar a San Pablo en aquello que mira a la preparación para la vida eterna, de manera que, de verdad, dejáramos todo, nos aferremos a la cruz de Cristo y nos entreguemos al servicio de Dios y de su Iglesia, en lo que encontraremos la más

10/6
firme seguridad de nuestra salvación: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia, de la cual he llegado a ser ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios..." (Col.1,24-25).

La fe íntrepida y la esperanza inquebrantable de San Pablo aparecen contagiosas en su despedida a Timoteo: "Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta de la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor en su Manifestación." (2 Tm.4,6) Es en su brevedad todo un testamento para los suyos. Parece querer, hasta el último momento, dejar un legado de fe, de esperanza y de amor. De fe en la fidelidad de un Dios que se ha comprometido; de esperanza en su justicia remuneradora; de amor eternamente capaz de llenar nuestro corazón y ser nuestra felicidad.

Dejemos ahora que San Pablo nos advierta acerca del cúmulo de riesgos que entraña la proximidad de la parusía de Jesucristo.

"Por lo que respecta a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, os rogamus, hermanos, que no os dejéis alterar tan fácilmente en vuestros ánimos, ni os alarméis por alguna manifestación profética, por algunas palabras, o por alguna carta presentada como nuestra, que os haga suponer que está inminente el Día del Señor. Que nadie os engañe de ninguna manera. Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el Hom bre impío, el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, has ta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y pro clamar que él mismo es Dios. ¿No os acordáis que ya os dije esto cuando estuve entre vosotros? Vosotros sabéis qué es lo que ahora le retiene, para que se manifieste en su momento oportuno. Por que el misterio de la impiedad ya está actuando. Tan sólo con que sea quitando de en medio el que ahora le retiene, entonces se ma nifestará el Impío, a quien el Señor destruirá con el soplo de su boca, y aniquilará con la Manifestación de su Venida. La veni da del Impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán a los que se han de condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado. Por eso Dios les envía un poder seductor que les hace crecer en la menti ra, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la ver dad y prefirieron la iniquidad. Nosotros, en cambio, debemos dar gracias en todo tiempo a Dios por vosotros, hermanos, amados del



El grabado reproduce el cuadro mural existente en la antigua Basílica de Guadalupe titulado "La vocación de las indias", el cual expresa acertadamente el paso por las aguas del Bautismo -nuevo Mar Roja del Nuevo Pueblo de Dios del que dijera San Pedro (1P,2,9-10): "Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz, vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión, pero ahora sois compadecidos".-, las aguas bautismales que conceden al Nuevo Pueblo un destino de eterna escatología: "Ya no habrá noche, no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz de sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos." (Ap,22,5)

Señor, porque Dios os ha escogido desde el principio para la salvación mediante la acción santificadora del Espíritu y la fe en la verdad. Para esto os ha llamado por medio de nuestro Evangelio, para que consigáis la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así pues, hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que habéis aprendido de nosotros, de viva voz o por carta. Que el mismo Señor nuestro Jesucristo y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y que nos ha dado gratuitamente una consolación eterna, y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y los afiance en toda obra y palabra buena." (2 Tes., 2, 1-17).

Es la preocupación del pastor por sus ovejas, que trasciende; palabras que por otra parte son aún hoy día valederas: angustias y temores por no ser entendido, o sus advertencias tomadas en serio. Todo ello es en sí escatología:

En cuanto a cómo pueda realizarse en la eternidad la escatología de este Pueblo Nuevo de Dios, sólo sabemos que su plenitud, aquélla para la que hemos sido creados en lo individual y comunitario, es cosa cierta, pero la parte final del Misterio. El Apóstol no presume de saber más que nosotros, pero sus palabras ayudan a elevar el pensamiento: "¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus de signios e inescrutables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O quién fué su consejero?, O ¿quién le dió primero, que tenga derecho a la recompensa? Porque de El, por El y para El son todas las cosas. ¡A El la gloria por los si glos! Amén.

RESUMIENDO:

Lo más característico del Pueblo de Dios es su ser escatológico. La escatología del Pueblo de Dios se entiende en tres sentidos: por lo que respecta a los hechos que acompañarán la Parusía del Señor; por el papel que le toca a este Pueblo desempeñar como agente de salvación en los últimos tiempos, y, lo más característico, por su perdurabilidad en la Vida Eterna.

Cristo y los Apóstoles nos previnieron acerca de los hechos. El Pueblo de Dios encontrará su plenitud en la escatología eterna. La felicidad eterna radicará en la presencia del Señor y su gloria.

REFLEXIONES PERSONALES:

¿Vives, como nos pide San Pablo, "en espera de que venga tu Señor? ¿Qué haces por salvar al mayor número de hermanos tuyos alejados? ¿Procuras ya desde esta vida dar gloria a Dios y que le sea dada?

RESOLUCION:

Desde hoy pondré mi mira, no dentro de los horizontes estrechos de un mundo que ha de desaparecer, sino en la altura de la eternidad para la que fui creado, y en la que se halla mi felicidad.